



Gómez Vozmediano, Miguel Fernando, *Francisco Rades de Andrada, cronista y linajista. Adiciones a la Crónica de la Orden y Caballería de Calatrava*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2016, 466 págs., ISBN: 978-84-00-10126-8.

Francisco Rades de Andrada fue pionero en aportar a la imprenta una historia conjunta de las Órdenes Militares castellanas. Su gran obra, la *Crónica de las tres Órdenes de Cavallería de Sanctiago, Calatrava y Alcantara ...* que publicaba en 1572, le ha hecho merecedor de haber sido “considerado el primer historiador moderno de las Órdenes Militares castellanas”, como subraya Francisco Fernández Izquierdo en el prólogo del trabajo que reseñamos (p. 19). Sin embargo, la figura de este cronista, freile calatravo y capellán de Felipe II, no ha merecido demasiada atención por parte de la investigación modernista, más allá de algunas pocas referencias y de la que recibió por parte de Derek W. Lomax en 1980, en la edición de la obra mencionada.

La edición de un texto desconocido de Rades, que se presenta como unas *Adiciones* a su célebre crónica, cierra un laborioso estudio que firma Miguel Fernando Gómez Vozmediano. Un trabajo concienzudo, sabio y maduro que rescata la figura del cronista calatravo, y que aporta mucho más al conocimiento histórico que la reconstrucción biográfica de un prestigiado cronista y la recuperación de una parte de su obra, como intentaré mostrar en esta reseña.

El libro se estructura en cinco capítulos. Cada uno de los tres primeros pueden ser considerados una monografía en sí mismos. El autor distingue acertadamente entre la *persona* y el *personaje*. A la *persona* dedica el primero de los capítulos, pero en él elabora más que una biografía de Francisco Rades de Andrada, porque lo que se traza es la historia de una vida, pero también la del mundo en el que se vivió esa vida. Estamos en el siglo XVI, y naturalmente hay que empezar por la familia. Así arranca el capítulo, ofreciendo un estudio previo de los orígenes familiares, estamentales y geográficos del personaje. Apunta los orígenes legendarios y reconstruye la trayectoria de la familia materna y paterna, el itinerario vital de los hermanos y sobrinos, permitiendo adentrarnos en ese mundo de parentelas, clientelas, deudos, benefactores, intereses, negocios, litigios, haciendas y patrimonios, apuntes de cultura material... que constituyó el “linaje” de un hombre que antepuso los apellidos maternos a los paternos. Recrea lo que pudo ser la infancia y la educación de un niño de estirpe hidalga que tuvo acceso a una formación universitaria, un bagaje que era un resorte de promoción social y que le puso en condiciones de emprender carrera eclesiástica, ingresando en la orden de Calatrava en 1557 y continuando posteriormente estudios en el Colegio Imperial de Calatrava, en Salamanca, hasta licenciarse. A partir de ahí, el autor reconstruye el *cursus honorum* como freile calatravo de Rades, dibujando un modelo de carrera que se desarrolló al servicio del rey y de su Orden. Ciertamente este doble servicio marcaría la trayectoria vital de Rades, pero también, como bien

muestra la obra que reseñamos, marcaría la obra literaria del personaje. En 1567, Felipe II lo nombra capellán de la Real Capilla, cinco años después recibe del monarca el Priorato de Santa María de la Coronada en Porcuna (Jaén); al mismo tiempo, el Consejo de Órdenes le encarga la visita de dos conventos femeninos calatravos en Castilla la Vieja; también trabajará por encargo regio en la visita y reforma de la Orden de Montesa y, en 1575, recibió el nombramiento como Prior de San Benito de Granada y Alhama.

Efectivamente, Rades iba encadenando responsabilidades importantes y cargos de prestigio. Se movía entre las élites de poder y su bagaje y preparación cultural le proporcionaba notoriedad y autoridad. Recaló posteriormente en Toledo. Esta etapa toledana (1577-1579) es minuciosamente seguida por Gómez Vozmediano, que consigue ofrecernos el detalle de lo que podía ser el mundo de relaciones de un freile reputado y distinguido en aquella urbe poderosa y complicada, el despliegue de contactos y vínculos de todo tipo que podía llegar a tejer al hilo de numerosas ocupaciones. Se aprecia bien en este capítulo que, ciertamente, Rades de Andrada puede ser definido como “un hombre del rey”, un servidor de la Corona estrechamente vinculado a la política de Felipe II y a sus encargos. Así llegó a recibir el honor de la administración y prelación del sacro convento de Calatrava la Nueva, circunstancia que permite al autor de la biografía mostrar también los entresijos de los conflictos y problemas internos en la familia calatrava. Y finalmente recibió la merced de uno de los prioratos más importantes de su Orden, el priorato de San Benito en Jaén, donde pasó los tres últimos años de una vida que terminaba en el verano de 1599. El capítulo, sin embargo, no finaliza aquí, porque Gómez Vozmediano nos ofrece también un seguimiento de las opiniones de genealogistas, cronistas y autores de corografías coetáneos sobre Rades y su obra, que es un espejo de las concepciones y de las inquietudes historiográficas de la época y cierra con la referencia al legado del calatravo.

El capítulo dos –El personaje: Rades como *auctoritas* histórica– constituye, como he apuntado al comienzo, otra monografía por sí misma. Se profundiza aquí en el estudio de la producción escrita del freile calatravo, tejiendo en algunos momentos el análisis de la composición de algunos de sus escritos con los episodios de la vida del autor. “Una pluma al servicio de las Órdenes Militares” es como titula el primer epígrafe que introduce con el apunte al contexto complicado en el que se enmarca la trilogía de Rades y otras obras coetáneas que Gómez Vozmediano va repasando: el *Catálogo de las obligaciones que los comendadores, cavalleros, priores y otros religiosos de la Orden y Cavallería de Calatrava tienen* (1571), una obra de carácter disciplinario que tendría impacto en este sentido; la célebre trilogía sobre las Órdenes Militares castellanas (1572), de la que nos apunta su contenido, los pasos dados para la impresión, las fuentes que manejó...; las *Diffiniciones de la Sagrada Religión, y Cavallería de Sancta María de Montesa y Sanct Jorge, filiación de la ínclita milicia de Calatrava* (1573), una obra normativa fundamental para el futuro de la Orden; y otra compilación normativa, las *Diffiniciones de la Orden y Cavallería de Calatrava* (1576).

Rades de Andrada no fijó su atención de manera exclusiva en el ámbito específico de las Órdenes Militares, también cultivó el interés por la historia de la nobleza y la tratadística genealógica, y el trabajo de Gómez Vozmediano desvela esta faceta más desconocida del personaje y se detiene en la referencia a tres obras: *Tratado que cossa es nobleza, hidalgo, infanzón y caballero* (1593-1596), *Prólogo para haber de*

tratar de la nobleza y real sangre de el linaje y armas de los Sarmientos y Acuña (1594-1599) y *Genealogía de los Ponce de León* (1598). El trabajo que reseñamos nos muestra cómo frey Francisco participó en la última etapa de su vida de esa eclosión de literatura genealógica que fue signo de la época y que tenía su razón de ser como parte de los mecanismos de legitimación de la nobleza, una maquinaria que se articulaba sobre las referencias a la antigüedad del linaje correspondiente y a la ejemplaridad de los antepasados del mismo. A lo largo del conjunto del capítulo Gómez Vozmediano profundiza en el análisis de esta realidad tan arraigada en la sociedad y en la cultura de la época, una realidad que pienso que es también la que ilumina su propuesta de enfoque de lectura de la trilogía: “En realidad, su célebre trilogía sobre las Órdenes Militares puede reinterpretarse como un elenco de estirpes y personajes vinculados a tales cofradías caballerescas, es decir, como un libro de linajes más de los cientos que circulaban desde la Baja Edad Media y que saturaban anaqueles, arcas y bibliotecas” (p. 191). La caracterización de la obra de Rades terminará por encuadrarse en el marco de la cronística oficial de una época (1570-1620) que también recibe su atención en el trabajo que reseñamos.

El capítulo prosigue con un estudio brillante de la trayectoria seguida a partir de la desaparición de Rades; en su análisis el autor liga la situación de necesidad de un cronista oficial en las Órdenes Militares con la coyuntura de un nuevo rey y un nuevo reinado. Con el telón de estas dos piezas esenciales se aborda la figura de Diego Sarmiento de Acuña, futuro conde de Gondomar, en torno a la cual se reconstruye un interesantísimo mundo de relaciones personales entre cronistas y genealogistas, relaciones que se forjaban en torno a manuscritos y documentos, originales y copias que compilaban y que también se regalaban entre ellos; pero relaciones articuladas igualmente en torno a las necesidades de legitimación, prestigio, honra y ascenso social de todos, partes constitutivas de las redes clientelares del momento. Sarmiento de Acuña recibiría el encargo de proseguir la historia de las tres Órdenes que había comenzado Rades, una empresa que interesaba a las Órdenes, a la monarquía y a las Cortes, pero que estaba sin ejecutar cuando muere en 1626. Estamos ya en el reinado de Felipe IV y nuevamente se pone el foco en la política regia y sus intereses para analizar el recorrido subsiguiente. Se explican los cambios que se introdujeron en materia de pruebas de linajes por el nuevo monarca y el empeño puesto en revitalizar el prestigio de los caballeros de Órdenes Militares. Una pieza de esta política estuvo naturalmente en la confección de la memoria de este colectivo y Gómez Vozmediano analiza entonces la obra de los freires cronistas y linajistas del Barroco y, manteniendo la tónica del conjunto del trabajo, no sólo desfilan autores y obras por estas páginas, también lo hace el mundo sociocultural y el contexto político en que vivieron y en el que se explica su producción.

El capítulo se cierra con un examen dedicado a la difusión de la trilogía de Rades de Andrada. Hay detrás de este epígrafe un concienzudo trabajo de pesquisa, un rastreo minucioso por diferentes bibliotecas españolas de los siglos XVII-XIX que es puente para una recreación especial del mundo de los coleccionistas privados e institucionales. Y se pone punto final con un repaso de la repercusión historiográfica de la trilogía de Rades, en un esmerado recorrido que Gómez Vozmediano lleva hasta la actualidad.

El capítulo tres abre las puertas al estudio del colectivo del que formó parte el protagonista del libro que reseñamos: los freires calatravos durante el reinado de Felipe II. Conjuga en él aspectos más conocidos del mundo de las Órdenes Militares

y sus integrantes, la proyección señorial, su perfil estamental, el privilegio..., con la atención a otros asuntos como la relación de aquellos freiles con la cultura escrita, dedicando un epígrafe a adentrarse en el estudio de las bibliotecas privadas, y terminando con una pequeña galería de semblanzas biográficas de comendadores, una muestra de breves biografías de coetáneos de Felipe II que el autor perfila en sus títulos: el comendador pleiteísta que fue frey Pedro de Velasco, el camarista historiador que fue el licenciado Juan Díaz de Fuenmayor Peralta, el hércules inventor que sería Jerónimo de Ayanz y Beaumont, la referencia a “linajes y doblones” que enmarca la referencia a Antonio Peralta y Velasco, el caballero desventurado que fue Francisco de Mendoza, y los servicios de la estirpe que englobaría la semblanza de Jerónimo de Mendoza y de su hijo, Antonio de Mendoza y Manrique.

El capítulo cuatro, que titula “Un manuscrito desconocido (ca. 1595)”, es bastante más que una introducción al documento que impulsa el trabajo. Más que entrar en el manuscrito, en lo que entra el autor es en el “mundo cultural” que rodeó el documento, y al hilo de él vuelve a retomar el tejido de la biografía de Rades y de diferentes episodios de su trayectoria. ¿Por qué termina este manuscrito entre los papeles de un archivo nobiliario?, ¿por qué lo tenía el duque de Béjar? son dos de las preguntas que están guiando una investigación que lo es también sobre la circulación de manuscritos en la época y sobre la relación entre cultura y fama, bibliofilia y renombre, cuestiones que han aflorado también en otras partes de la obra.

Queda para el capítulo cinco el documento, su presentación formal, la referencia a su estructura, a su contenido y a las fuentes que manejó el autor y el descubrimiento de lo que era en realidad esto que se presentaba bajo la apariencia de una adición a su crónica de la Orden de Calatrava. Lo que en realidad había, como indica Gómez Vozmediano, era “una historia de la Orden en clave nobiliaria un *libro verde* donde se desgrana, uno por uno, a dignidades, caballeros y priores...” (p. 325). Linajes y méritos de comendadores y miembros del Consejo de Órdenes centraban la atención del discurso en aquel manuscrito y esto es lo que permite a Gómez Vozmediano plantear un cuidadoso trabajo prosopográfico de esta élite de poder en el seno de la Orden y ofrecer una nutrida y rigurosa información sobre el *cursus honorum* de estos caballeros calatravos y priores calatravos.

En mi opinión, el epígrafe final es especialmente brillante. Con el título “Y lo que se quedó en el tintero...”, el autor explora en este terreno incierto, pero extraordinariamente importante de lo que los cronistas ocultaron y omitieron, una historia de lo que se silenció que forma parte también de lo que ha estado muy presente en esta monografía: el interés por las formas de hacer historia, la atención a la gestión de la memoria colectiva. Apunta el autor a una historia de lo que se calló y de lo que se encubrió, una historia difícil que está por hacer y que exige no sólo dosis añadidas de rigor científico sino un muy profundo conocimiento de la historia en cuya memoria se indaga, créditos que la obra de Gómez Vozmediano y esta importante aportación que ha brindado avalan sobradamente.

No quisiera terminar sin expresar que, tras la lectura de una obra como esta, no deja de aflorar una cierta desazón ante lo que pudiera ser su destino en una evaluación institucional. Disgusta mucho pensar que los criterios de evaluación de la producción investigadora que se van imponiendo devalúan este tipo de trabajos: las monografías científicas, que, como en este caso, tienen detrás bastantes años de trabajo serio. Pero más todavía preocupa vislumbrar las consecuencias que en la práctica historiográfica, en la forma de trabajar y de producir conocimiento his-

tórico y, en definitiva, en la Historia, puede tener el que se imponga este proceder evaluador.

Ángela Atienza López
Universidad de La Rioja
angela.atienza@dchs.unirioja.es